



EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

HISTORIA.

EL PRINCIPE

DON CARLOS DE AUSTRIA.

(ARTÍCULO 2.º (1))

Felipe II aparecía entonces en la cumbre de su formidable poder: los estados de su rica herencia se hallaban unidos bajo su esplendente corona; la gangrena de las insurrecciones no había atacado aun los gigantes miembros de su vasta monarquía. Protector y atalaya de los principios católicos, tutor y brazo á la vez del gobierno pontifical, había estrechado con nuevas y mas firmes alianzas los antiguos pactos del emperador su padre. Las ideas de reforma amenazaban invadir todos los pueblos: su rápido crecimiento, su portentoso desarrollo se aceleraban por la lucha desigual que sostenían. Carlos V había intentado poner un dique al torrente y consumió su vida en un combate eterno: la herejía estirpada un instante renacía con mas fuerza de sus cenizas para pro-

pagar el incendio á los vecinos estados: no era ya la doctrina de Lutero la que tímidamente se presentaba á sostener controversias dogmáticas sin otras armas que las de la convicción: los disidentes contaban ya antiguos y poderosos príncipes en su seno; su estandarte arrastraba numerosas y aguerridas huestes: parecía que el catolicismo iba á espirar en Europa. Entonces fué cuando Felipe II comenzó á meditar el plan de resistencia que hizo el pensamiento constante de su vida: aprovechándose de aquellos momentos de paz que eran solo una tregua pasajera, combinó en profundas meditaciones los elementos que debían ser las líneas de defensa contra las ideas de reforma religiosa: alzándose como dique y valladar á su marcha de invasión, la España sostuvo con la pluma y con la espada los antiguos principios del dogma católico: sus fuerzas se consumieron en la lucha, pero el objeto de su amor ha quedado en pié: el catolicismo romano vive en Europa, y á los esfuerzos de su poderoso campeón debe la vida.

Corrían los años de 1565, y á las graves dificultades á que hacia fren-

(1) Véase el número anterior.
Tomo I.

te el rey de España se agregaron las pretensiones temerarias de su hijo D. Carlos. Hallábase en instrucción un cuerpo considerable de ejército, destinado á ocupar el reino de Granada, y el príncipe de Asturias deseaba obtener el mando para hacer de aquellas fuerzas un escalon de sus pasiones ambiciosas: llegaron á oídos de Felipe los locos proyectos con que se intentaba seducir el ánimo de sus soldados, excitando á la rebelion á la multitud de aventureros que acudían entonces de todos los puntos de Europa, guiados solo por la sed de riquezas, á combatir bajo los estandartes españoles. Fácil hubiera sido al rey sofocar el mal en su origen por medio de pocos y bien aplicados castigos; pero temía con razon empañar el nombre de su sucesor, y prefirió disolver el ejército antes que provocar procesos de consecuencias escandalosas. Frustrado en su primer intento, é inflamado cada vez mas por los imprudentes consejos de sus miserables aduladores, determinó D. Carlos pedir á su tío Maximiliano II, emperador de Alemania, la mano de su hija Ana, para proclamarse después gobernador de los Países Bajos. Sin consentimiento del rey y con su arrogancia acostumbrada, comenzó á hacer preparativos de viaje: procuróse disfraces para él y para sus compañeros y había reunido ya hasta cincuenta mil escudos; pero la habilidad del príncipe de Eboli y la vigilancia de Felipe deshicieron fácil-

mente esta trama pueril, sin dar á las hablillas cortesanias otro alimento que las violentas y poco meditadas quejas del príncipe de Asturias.

Sea que recelase con fundados motivos de su ambicion insensata, sea que le juzgase inhábil para el matrimonio, no insistió el rey por entonces en demandar á su cuñado el Emperador la mano de su hija para D. Carlos. Desesperanzado así de sus intentos, entregóse con nueva violencia á sus coléricas pasiones. Dormía en su cámara D. Alonso de Córdoba, gentil-hombre de su servicio: en una de las muchas noches que pasaba desvelado el príncipe no oyó pronto su campanilla: colérico D. Carlos se levantó llorando de rabia, y agarrándole entre sus brazos, comenzó á forcejear con él para arrojarle en el foso de palacio sin escuchar sus disculpas: á las voces de D. Alonso, que se defendía sin lastimar á su agresor, acudieron algunos gefes de la guardia que contuvieron al príncipe; y el rey vino en persona á dar una satisfaccion al gentil-hombre, mandándole agregar en seguida al servicio de su propia cámara.—Tenía Felipe II un caballo magnífico, perfectamente enseñado y á quien llamaban el Favorito, por la preferencia y estimacion en que el rey le tenia: pidióle D. Carlos con muchas instancias para montarlo una sola vez al prior D. Antonio, caballero mayor: escusóse este cuanto pudo; pero reiteradas las súplicas del príncipe, y habiéndole

dado su palabra formal de trabajarlo poco y con el mayor cuidado, vino en entregársele: lo que hizo Don Carlos, no se sabe: el caballo volvió á la cuadra jadeante; cubierto de sudor y quebrantado por la fatiga, murió luego. Cuenta Cabrera que el rey se resintió profundamente de la mal intencionada conducta de su hijo, pero devoró en silencio sus fundados sinsabores.

Estas circunstancias pequeñas y pueriles en sí mismas, bastan á dar una idea del caracter é inclinaciones del príncipe de Asturias. Siempre entregado á excesos y á violencias, sea que enviase su guardia á quemar una casa, desde cuyos balcones le habia caído un poco de agua al pasar disfrazado una noche, sea que hiciese comer, en pedazos de cuero cocido, unas botas que le venian estrechas, al infeliz menestral que las fabricó, sea que por causa tan frívola diese de bofetadas al respetable D. Pedro Manuel, su conducta siempre fué la conducta de un insensato, sin conocer otra regla de sus acciones que los arrebatos del momento. Y sin embargo no abandonaba sus proyectos de ambicion. Fijos los ojos en el gobierno de Flandes, anhelaba una ocasión cualquiera que entregase en sus inesperadas manos las riendas de aquel agitado pais. Todos los hombres que intentaban disuadirle eran blanco de su vengativa saña. Su ayo Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, el carde-

nal Espinosa y el duque de Alba, formaban la trinidad aborrecida que invocaba en maldiciones, durante los frecuentes periodos de su rabiosa demencia.

Su furor subió de punto al saber el nombramiento hecho de Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba para el gobierno militar de los Países bajos. Empezaba el año de 1567, y el estado de los ánimos flamencos inquietaba á Felipe II que veia crecer en silencio y estenderse en aquellas provincias la hidra de la reforma luterana. La administracion española pesaba, como pesan todas las ocupaciones militares, sobre los estados de Flandes. La emancipacion religiosa daba la mano á la libertad política: la independencia en todas sus formas levantaba y movia la gran masa del pueblo contra los soldados extranjeros: la aristocracia hábil, descontenta y poderosa, fomentaba la inquietud general, y aguardaba el momento de arrojar la máscara para ponerse al frente de la insurreccion que se preparaba con sigilo. La vista perspicaz de Felipe II habia seguido todos los movimientos, habia contado todos los pasos de los mal avenidos con su dominacion: los acontecimientos se precipitaban con rapidez: los Países bajos iban á quedar perdidos para España y para el catolicismo. Entonces vió el Rey que el momento de obrar habia llegado: una esperiencia probada en los nego-

cios, una voluntad inflexible, una prudencia sagaz y previsor, una obediencia ciega, el brillo de altos talentos militares, todo era necesario en el gobernador de Flandes, y todo se hallaba reunido en la persona del duque de Alba. El duque de Alba fué pues nombrado para la suprema administración de los Países Bajos.—No aprobó el príncipe D. Carlos esta elección: persuadido de la ofensa que se le había hecho, privándole de un cargo que para sí mismo pretendía, quejóse con la mayor violencia de la injusticia de su padre y resolvió matar á su competidor. Pasaba el duque de Alba á la cámara del rey á consultar graves proyectos de administración extranjera: divisóle el príncipe que le andaba buscando por los corredores, y arrojándose sobre él con la daga en la mano, trató de traspasarle el pecho á puñaladas: sujetóle el duque, y para evitar sus rabiosos golpes abrazóse con él, teniendo estrechado entre sus fuertes brazos, hasta que á sus gritos acudieron dos gentiles-hombres con algunos monteros de Espinosa.

Los planes de los conjurados de Flandes iban tomando cuerpo cada día amenazando á España con próxima y terrible explosión. Para sacudir el yugo de Felipe II se formaban asociaciones secretas, donde se fraguaban proyectos de rebelión y se mantenían relaciones con algunos príncipes luteranos de Alemania. A la cabeza de los pueblos se

hallaban antiguos magistrados municipales que obedecían las órdenes de los gefes del movimiento. Eran estos, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, el marques de Berg y el baron de Montigny. En la distribución general de cargos que se hizo, tocó á los tres primeros dirigir la insurrección en el territorio, mientras venían los otros dos á Madrid en calidad de diputados por las provincias de Flandes. Dirigiéronse á Don Carlos de Austria y comenzaron negociaciones secretas por conducto de un gentil-hombre de la cámara del rey. Las proposiciones principales fueron reducidas á ofrecerle la soberanía de los Países-Bajos, con tal que se obligase á respetar las antiguas leyes y la libertad de las opiniones religiosas. El príncipe, que veía realizarse tan impensadamente el sueño de oro de sus ambiciosas pretensiones, se comprometió á todo cuanto de él se exigía, cometiendo la imprudencia de enviar cartas insensatas escritas de su puño, firmadas con su nombre.

El éxito de estas tentativas fué el que debía esperarse: D. Carlos escribió á muchos grandes y títulos, pidiéndoles ayuda para un negocio de importancia: necesitaba dinero para emprender su viaje y burlar la vigilancia de palacio. El Almirante, en vez de obedecerle, envió la carta al rey: muchos señores imitaron su ejemplo, y Felipe comprendió pronto todo el valor de las

imprudencias de su hijo. La policía tuvo en su mano los hilos de la trama que se urdía por los flamencos. Procedióse á la prision del marques de Berg y del baron de Montigny, encerrándoles en dos castillos sin comunicacion: por no comprometer el nombre del príncipe, prohibió el rey que se hiciesen diligencias judiciales contra algunos pocos y desacreditados intrigantes españoles. Gregorio Leti que escribía por aquellos tiempos, cuenta que al registrar los papeles de los condes de Egmont y de Horn, halló el duque de Alba una carta del príncipe D. Carlos, concerniente á los proyectos de insurreccion de las provincias de Flandes, siendo esta la causa principal de la muerte de aquellos desgraciados caudillos. Cabrera no refiere semejante hecho; pero es muy probable que existiese correspondencia del príncipe con los gefes de la rebelion flamenca, pues á mas alto punto llegaron sus imprudentes y mal pensadas tentativas.

Apurados todos los medios que estaban á su alcance para satisfacer su impaciente ambicion, cayó Don Carlos en frecuentes accesos de melancolia de que venian á despertarle solo sus antiguos y constantes hábitos de tiránica locura. En las largas horas de sus noches sin sueño, exaltada su débil imaginacion con el recuerdo de ofensas imaginarias, exasperado al considerar que la juventud del rey no le dejaba es-

peranzas de alcanzar en mucho tiempo el poder que pretendia, sin plan, sin cómplices, sin otra preparacion que su insensata furia, resolvió abreviar la vida de su padre. Con la obstinacion austriaca heredada de su abuelo, alimentó un día y otro su proyecto criminal, sin comunicarlo á persona alguna de las que le rodeaban. En el último tercio de diciembre de 1567 estaba toda la familia real en Madrid, excepto Felipe II que se hallaba, como frecuentemente acontecia activando la obra del Escorial. Tanto las personas reales como las de su servicio iban á comulgar el 28 de mismo mes, día de Inocentes, segun se acostumbraba en palacio, para ganar un jubileo concedido por la silla Pontifical á los reyes de España. El día 27 confesóse D. Carlos á fray Diego de Chaves, quejándose en seguida á algunos de sus gentiles-hombres de la conducta de su confesor que le negaba la absolucion, únicamente por haberle declarado que estaba resuelto á matar á un hombre revestido de alta dignidad. Pertinaz en sus designios, envió á buscar en su carruage, dos á dos, hasta catorce frailes del convento de Atocha, quienes despues de recibir la misma confianza, le negaron igualmente la absolucion que les pedia. Vino por fin el prior fray Juan de Tobar, hombre sagaz y despejado: recibió la declaracion del príncipe; y preguntándole con maña, fingiendo to-

mar parte en sus designios, alhagando sus pasiones, oyó terminantemente de sus labios, que el hombre á quien deseaba matar era el rey su padre: cualquiera que pueda ser la verdad de estos hechos es positivo que fray Diego de Chaves, confesor del príncipe, determinó dejarle de resultas de una entrevista que con él tuvo.

Malgrado este nuevo proyecto, ya le impulsase el temor del castigo, ó ya como es mas probable, hubiese vuelto á sus antiguos planes de ambicion, á principios de enero de 1568 resolvió D. Carlos partir para Alemania. Habló á algunas personas de sus designios y pretendió ganar la voluntad de su tío D. Juan de Austria, de quien demandaba ayuda y socorro para favorecer su fuga. Oyóle D. Juan con calma afectuosa, y sin exasperarle con una negativa abierta, procuró disuadirle de sus intentos, demostrándole su peligro y su locura. D. Carlos, en vez de atender á sus razones, le hizo las mayores ofertas si le ayudaba, amenazándole con su futuro poder si resistia sus órdenes. D. Juan de Austria fue á buscar al rey, á quien estensamente informó de la conferencia habida, dejando á su consumada prudencia el arreglo de negocio tan delicado.

Entonces trató Felipe II de poner un remedio eficaz á las locas tentativas de su hijo, que amenazaban envolver la monarquía en escándalos y desavenencias. Con la

circunspeccion que siempre le guiaba, consultó con gran número de doctores, y especialmente con el maestro Gallo, obispo de Orihuela y con fray Melchor Cano obispo de Canarias. Espusieron estos dos insignes varones al rey lo urgente que era ya á la salud del reino poner un dique á los excesos del heredero de la corona; hiciéronle presente que, como monarca, se debía antes á sus pueblos que á los afectos de su corazon: dijéronle por último que uniendo sus obligaciones de padre y rey, urjiale adoptar alguna medida que calmase las alteraciones nacientes: y en un estenso y bien razonado informe demostró á Felipe II el doctor Navarro Martin Dalpizcueta los poderosos motivos que impedían la salida de D. Carlos para los estados de Alemania. Su parecer, redactado con sumo tino y delicada mesura, contiene argumentos de gran peso que prueban la alta capacidad política de los hombres á quienes acostumbraba consultar el rey de España.

Meditaba detenidamente Felipe II el difícil medio que sus deberes de padre y de monarca le imponían. Por una parte el cariño paternal, la preferencia hácia su único hijo varon, sucesor y heredero de sus dominios, el temor de avergonzar y desacreditar ante sus súbditos al futuro rey, le retraían de aplicar al príncipe D. Carlos el severo y eficaz castigo que tal vez podia aun



enmendar aquella alma pervertida desde la niñez, aquella cabeza demente, aquel corazón violento y temerario. Por otra parte el cuidado de su reino, la tranquilidad de la corte continuamente comprometida por los excesos del príncipe, el hogar régio dando un ejemplo constante de escándalo, las esperanzas de los descontentos fundadas en la insensata ambición de su hijo, el porvenir de sus vastas posesiones entregado á tan temerarias manos, le prescribían, como obligación sagrada, cualquier medida por dolorosa que fuese, que librara de tantos males á su sumisa monarquía. Estaba aun en el Escorial solo y aflijido con estos pensamientos cuando le avisó el correo jeneral D. Raymundo de Tassis, que el 17 del propio mes de enero le habia dado orden el príncipe Don Carlos para que tuviese á su disposición ocho caballos de posta al anocheecer del día siguiente. El rey vino en el momento al Pardo para pasar luego á Madrid. Paseábase D. Juan de Austria en la galería del palacio cuando vio llegar presuroso al príncipe su sobrino, quien le hizo al momento llamar para anunciarle con suma satisfacción que habia llegado ya de Sevilla Garcí Alvarez Osorio, su guarda-joyas y guarda-ropas con ciento cincuenta mil escudos de los seiscientos mil que le envió á buscar muy de antemano.

Trató seriamente D. Juan de Austria de persuadir al príncipe: cono-

cia la pena que devoraba al rey y procuraba reconciliarlo con su hijo: los mas razonables consejos salieron en tono cariñoso de sus labios; recordó las obligaciones que tenia para con su padre y señor; apuró el lenguaje de las súplicas, y solo consiguió en cambio de sus afectuosas palabras insultos y maldiciones, hasta el punto de verse obligado á sacar la espada para defenderse de los ataques furiosos del temerario jóven. Llegó el rey á Madrid traspasado de dolor, y despues de consultar de nuevo algunos miembros de su consejo privado, resolvió arrestar y juzgar solemnemente al príncipe su hijo.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

EL ANIMA DE MI MADRE.

CUENTO FANTASTICO.

II.

En aquellos tiempos daban las doce de la noche, daba la una, y se contaban hasta las tres de la madrugada, pronunciadas á la vez con claro y distinto son por cinco relojes de cinco torres distantes. Y al espirar la postre-
ra campanada de la última hora, se apagaba constantemente la luz en una boardilla altísima, que en la calle *del Dardo* corona como por escarnio una casa de vecindad con cuatro pisos y cuarenta viviendas; semejante en la jeneral pobreza y el mútuo encono de los

asociados á esas repúblicas que llaman federales.

En mil ochocientos y dos, la que estaba destinada por la Providencia á ser mi familia materna, habitaba un cuarto principal de los de la misma casa y vivía con menos holgura que estrechez; casóse en dicho año mi madre y convino con su marido en que habitarían el piso segundo; y en este nací yo. Pronuncióse la guerra á poco y mi padre marchó á campaña: murieron mis abuelos; dejamos mi madre y yo aquella vivienda y subimos veinte escalones mas para bajar un real.

Era ya el piso tercero nuestro acomodado retiro, cuando una bala dió mucho honor á mi padre, pero le quitó la vida y á nosotras el sustento que de él recibíamos.

Entonces subimos otros veinte escalones regados con el llanto de mi madre que la pobre recuerdo que me llevaba en hombros, y no apartaba de mí los ojos, mas que para encomendarme á la Virgen de los desamparados; sin duda que creía la mataria en breve el sentimiento.

Mientras mi madre andaba las diligencias para establecer su derecho á una viudedad, que no le habian de pagar, se consumieron nuestros ahorros. Cierta mañana, que no me habia dado de almorzar, llegó el casero y la regañó; calmóse aquello á poco, hablaron luego despacio, él contando por días y ella por quebrantos; hasta que por último cambiáronse unas llaves, dióle mi madre las gracias muy humilde; y con grande resignacion cogiéndome de la mano subimos al piso quinto, que es la boardilla altísima que desde la calle del *Dardo* domina toda la poblacion y en la que en aquellos tiempos se apagaba la luz á las dos de la madrugada.

Desde los seis años de mi edad hasta unos meses antes de mi muerte, habité bajo aquel techo avariento que me reducía el espacio á medida que la edad ibame dando estatura.

No he tenido amigas, no conocí el

bullicio del concurso, no he pisado la arena postiza de los paseos artificiales, ni mis pies giraron nunca al compas voluptuoso de una orquesta.

Solíame mandar mi madre por no dejar su faena, á que comprara en las vecinas tiendas algun frugal alimento; y muchas veces iba tambien á la fuente por agua, porque la que habia en casa, como estaba bajo la teja vana se nos entibiaba muy pronto. Bajaba yo la escalera á tramos y cantando; hablaba á las vecinas y corría: y en llegando á la calle solíame besar las mujeres diciéndome, «Dios te bendiga, ¡qué hermosa eres!» y los hombres groseros, ponian su mano sobre mi cabeza y soltaban el vapor de su aliento sobre el espejo de mi inocencia, diciéndome con tono intencionado de amenaza, placer y confianza, «crece, crece, que no te aguardan malos quince.»

Era yo en efecto en la niñez, como la manzana mas alta del huerto cercado; que el sol primero la calienta y las últimas áuras la refrescan. Toda colores, redondez y lozania, bullidora, versátil y parlera, brotando vida y recogiendo risas, que solían apagarse en mi boardilla, allí junto á mi madre dolorida, los ojos bajos y las manos aplicadas á la costura mas asidua, ya desde aquellos años pequeñuelos.

Cosíamos para un almacen de vestuario y lo pagaban tan poco, que apenas ganábamos el sustento.

Desde que comenzamos á trepar escaleras, cada mes desaparecia de mi casa un mueble ó un vestido de mi madre; pero yo siempre contenta y ella cada vez mas melancólica marchábamos en progresiones opuestas.

Caducó la infeliz; los ojos le enfermaron y no atinaba á enhebrar la aguja; aumentaba yo en tanto, en desarrollo físico y destreza en el trabajo; pero ella al cabo de un tiempo quedó ciega del todo y el peso de la casa gravitó por completo sobre mí.

Cosía muchísimo, hijo mío, y co-

mo los días me eran cortos y las noches caras, mientras comíamos ensartaba agujas para la próxima tarea.

Tú no sabes lo que es una madre desvalida y ciega, acariciando á una hija que la mantiene: nada hay tan elevado, nada tan desgarrador, nada que tanto nos llene el corazón, ni nada tampoco que mas nos haga sentir la propia insuficiencia. «Hija, (solia decirme) ¡quién pudiera ayudarte, aunque fuera sudando gota á gota la sangre de mis venas!» y luego se afligía y palpando en sus tinieblas, buscaba mi cabeza y la besaba y tras esto continuaba diciendo: «créeme que lo haria... en cada gota de mi sangre te ofrecería un descanso; y mi último aliento se escaparía durante un sueño tuyo.... no muy lejos de tí!... Hija mía de mi vida; colócate en el sol y pásame la mano por los ojos, á ver si se me aclaran un poquito.... ¡un poquito nada mas, le pido á Dios, para mirarte!» Ella así me influía su amargura y yo procuraba distraerla cantando, pero todo era en vano; alargaba el cuello hasta sentir mi aliento en su mejilla y me decía: «tienes la voz de un ángel, pero la cólera de Dios contra su sierva apagó la antorcha de la luz dentro de mis ojos, para que la vanidad no se gozara en contemplarte.... Ven, abrázame mucho, apriétame, maltrátame; y que te sienta ya que no te veo!»

Estos accesos se hacian insoportables; arrojábame yo en sus brazos con un sobrante de vida matador, el cual me hacia prorrumpir en gritos histéricos y dementes caricias hasta que la postracion se apoderaba de nosotras y llorábamos.

Mi madre entonces, queriendo consolarme se esforzaba diciéndome: «no trabajes mas, hermosa mia, descansa porque yo te lo ruego, que con lo que has hecho ya tenemos para mañana, y yo con pan y con agua me paso tan contenta; porque como me lo das tu, la voluntad lo

sazona de todos los sabores, ni mas ni menos, que aquel manjar que derramaban los ángeles sobre la grey de Dios en el desierto.

Tal mis años de la infancia corrían monótonos ignorados y labrando en cierto modo felicidad por la costumbre; hasta que unos tras otros pasando Perezosos, cumpliéronse los quince de mi vida: y durante un sueño, una pluma mágica ludió mi cuerpo, que retembló de placer; y por tres veces volvió á pasar ondulando la pluma vaporosa y otras tantas retembló; mis pechos se apretaron y temblaron y bajo de ellos el corazón tembló como un cervatillo asustado.

Una vara encantada sin duda que tocó mi frente, porque súbito á mis ojos y á compás de una música augusta que envanecía, las paredes de mi boardilla las unas de las otras se apartaron al infinito.

Ví correrse los velos de mi mundo y otro allá en lontananza apareció.

Y el mundo aquel era el movimiento, la irreflexion, la vida, la risa y la alegría de los hombres; la vanidad, el lujo y devaneo de las hembras; el ruido, la armonía, la danza y los festines de ambos sexos, mezclados en tropel y sin concierto.

El mundo aquel era de un suelo anchísimo y sin montes, y acá y allá jardines amoldados y alfombras por el suelo y ricos almohadones arrastrados; pabellones, espejos obeliscos, oro y cristal; fuentes y cascadas y primorosas aves prisioneras de todas las rejiones de la tierra; y se tendía bajo una techumbre no tan elevada, pero mas cómoda que la bóveda del cielo, tersa como el firmamento y tachonada de una infinita multitud de luces que no se nublaban nunca!!!...

Ignoro que misterioso mandato me prevenia que anduviera, porque estaba destinada á formar parte de aquel



gran mundo, pero lo cierto es que yo me creía andando con precipitación hacia él, cuando me despertó el primer canto de un gorrion parado en el alero de mí boardilla.

Rodé una intensa mirada para reconocerlo todo inclusa yo misma, y ví á mi madre levantada ya; y á tientas enhebrándome agujas para la labor.

Boté del lecho á fuera y me arrojé á los pies de aquella anciana ciega, con un dolor de atricción penitente.

Lo pasado era para mí una culpa sin absolución, que la vergüenza me impidió confesarle, á pesar de su dulce solicitud y de la suavidad de sus instancias.

Mi sueño de oro fue por último envilecido con el nombre de pesadilla y tratamos de olvidarlo; pero veinte veces al día se humedecieron mis párpados; y al traves de los prismas que formaban las lágrimas agolpadas, veía pasar con danza y galanura aquellos arrogantes mancebos, y aquellas galanteadas damas, de cuya felicidad distaba tanto mi escondida desgracia.

Todo el gran panorama de aquel sueño estaba frente de mí. Embebecida en la contemplación mental, los brazos me caían perezosos... y ¡ay de mí! el día primero que mi madre me llamó *mujer* con cierta estraña alegría de amor propio, fue, Leoncio mio, el día mismo en que yo empecé á conocer la honda desventura que cobija á este sexo de abnegación y de escarnio, á quien la agena vanidad impuso leyes y la naturaleza rodeó de simas; donde nunca nos arrojamos sin ser empujadas; donde tampoco nunca caemos solas, sino con el hombre legislador, que se salva por mas fuerte.

Sucedió que un día, al abrir la puerta de nuestra boardilla, oí en los pasillos inmediatos un canto estraño, una voz delgada y muy alta que en una cadencia lenta y melodiosa decia:

Arroja, hermosa doncella
De tus manos la labor,
Que tan jóven y tan bella

No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.

Aquel eco impensado y unísono con el indefinible sentimiento de mi alma, movió mi curiosidad y me trajo á la mente el recuerdo completo del sueño simbólico. Entonces sin mas reflexionar, me encaminé por donde habia llegado hasta mí la voz: y me hallé frente á frente con una muger, como de cuarenta años, alta, atezada, los ojos negros y radiantes, la boca rasgada, desaliñado el pelo y muy luciente, la cintura delgada y flexible como el lomo de la culebra; los pies pequeños y calzados con chapines color de rosa, y medias abigarradas; vestía saya blanca, corta y poblada de jaralares; llevaba los brazos desnudos y en cada muñeca una garzota de cascabeles, ceñíale la garganta tres collares de abalorios, le colgaban de las orejas unos pendientes de granate y con la mano derecha daba vueltas á una pandereta que zumbaba á compas de su cantar.

Al verme quedóse parada y contemplándome con cierta sonrisa y donosura picaresca.

Yo le pregunté á quien buscaba y me respondió;

Reina sultana,
Flor de las flores,
Rosa temprana,
Soy la jítana
Que canto amores.

¡Ola! la dije al oír su respuesta, ¿con que tú sabrás acertar lo que, salvo la voluntad de Dios, ha de suceder á todos y á cada uno de nosotros los que no conocemos vuestra ciencia? y me contestó muy festiva.

Oiga que sí,
La jítana es Zahori
So perla fina;
Quiromática, adivina,
Que á quien su sino procura
Dice la buena ventura.

—Y tú me la querrás decir de valde?

—A las bonitas como vuestra mercé suelo yo pagarles un real columnario para que me la oigan con la sal que la digo y las muchas venturas que predigo.

—Empieza, pues, jítana, y dímela, sea mi fortuna la que se fuere.

—Déme, pues, la niña su manita de plata.

A. ROS DE OLANO.

Lo que vale la vida.

(Memorias de un Breton)

POR E. SCRIBE.

....Abriendo José la puerta del salon, vino á decirnos que la silla de postas estaba pronta. Mi madre y mi hermana se arrojaron á mis brazos: «Aun es tiempo, me decian, renuncia á ese viaje, quédate con nosotras.—Madre mia, soy noble, tengo veinte años y es necesario que hablen de mí en el pais, que haga mi carrera en la corte ó en el ejército.—Y cuando te ausentes, dime, Bernard ¿qué será de mí?—Sereis feliz porque os envanecerán las noticias de mis adelantos.—¿Y si te matan en alguna batalla?—¿Qué importa! ¿Vale algo la vida? Además, á mi edad ¿quién piensa en eso? La gloria solo debe ocupar á un jóven. ¿Y cuando me veais, madre mia, volver al cabo de algunos años, coronel, mariscal de campo quizás, lleno de cruces y de distinciones?

—¿Y de qué te servirán?—Para ser aqui atendido, respetado.—¿Y despues?—Todos me quitarán el sombrero.—¿Y luego?—Me casaré con Enriqueta, buscaré un marido para mis hermanas y todos viviremos tranquilos y felices en mis tierras de Bretaña.—¿Y quién te impide gozar desde hoy mismo esa dicha? ¿No te ha dejado tu

padre una fortuna inmensa? ¿Hay diez leguas en contorno un propietario mas rico que tú, ni un castillo mas hermoso que el de Roca-Bernard? ¿Nó te guardan tus vasallos toda clase de consideraciones? ¿Hay uno solo que cuando atraviesas la villa deje de saludarte? No nos abandones, hijo mio, permanece al lado de tus amigos, de tus hermanas, de tu anciana madre que acaso no hallarás ya cuando vuelvas: no gastes en conquistar una gloria vana á fuerza de sinsabores, unos dias que aun sin eso correrán con demasiada prontitud. La vida es tan agradable cuando se pasa tranquila al lado de los seres que nos aman!.... Por otra parte el sol de la Bretaña es tan hermoso!.... Diciendo esto mi madre me mostraba por las ventanas del salon los floridos árboles del parque, las lilas, los rosales del jardin, que embalsamaban el aire con su fragancia.

En la antecámara los criados reunidos tristes y silenciosos parecian decirme tambien con sus melancólicas miradas: «No partais, querido amo, no partais» Hortensia, mi hermana mayor, me estrechaba entre sus brazos, y la inocente Amelia que estaba ocupada en un lado del salon en mirar las láminas de un volumen de La Fontaine se habia aproximado á mi y presentándome el libro; «Lee, lee, hermano mio, decia llorando.» Era la fábula de los *Dos Pichones!*... Yo me levanté bruscamente y esquivando sus caricias, dejadme, les dije: «Tengo veinte años, y necesito honores, gloria.... dejadme partir.» Acto continuo me lancé en el portal; ya iba á subir á la silla de postas cuando apareció una mujer al pie de la escalera. Era Enriqueta!.... No lloraba, no pronunciaba una palabra.... Pero pálida y convulsiva apenas podia sostenerse; con su pañuelo blanco me hizo la última señal de despedida y cayó sin sentido al suelo. Vuelo á ella, la levanto, la estrecho entre mis brazos, la

juro amor eterno y en el momento en que principiaba á recobrar los sentidos, la entrego al cuidado de mi madre y de mi hermana y corrió al coche sin atreverme á volver la cabeza; si hubiera visto á Enriqueta no habría tenido valor para partir. Pocos minutos despues la silla rodaba por el camino real.

Durante algunas horas no pensé mas que en mi madre, en mis hermanas, en Enriqueta y en la dicha que habia dejado, pero estas ideas se fueron separando de mi imaginacion á medida que perdía de vista las torres de Rocca-Bernad, y bien pronto los recuerdos de ambicion y de gloria se apoderaron de mi alma. ¡Qué de proyectos formaba! ¡cuántos castillos levantaba en el aire! ¡Qué bello porvenir me pintaba encerrado en mi carruaje! Riquezas, honores, dignidades, fortuna en todas mis empresas, nada me rehusé. Creciendo en ambicion á medida que adelantaba en camino, ya era duque, par, gobernador de provincia y mariscal de Francia cuando llegué á la posada de noche.

La voz de un criado llamándome solo *caballero* me hizo volver en mí y abdicar todos mis destinos, honores y distinciones. Al otro día y los siguientes los mismos proyectos, las mismas esperanzas, porque el viaje era largo: me dirijia á las inmediaciones de Sédan, casa del duque de C.***, antiguo amigo de mi padre y protector de mi familia. Debía llevarme consigo á Paris donde lo esperaban para fines del mes, presentarme en Versalles y obtener para mí una compañía de dragones por intercesion de su hermana la marquesa de F.***, jóven y hermosa, designada por la opinion pública como sucesora de madama de Pompadour. Llegué de noche á Sédan y no pudiendo en razon á la hora dirijirme al castillo de mi protector, dejé la visita para el día siguiente y fui á hospedarme á la fonda de las Ar-

mas de Francia, la mas concurrida del pueblo, principalmente de los oficiales de la guarnicion, porque Sédan es una plaza fuerte.

Cené en mesa redonda y pregunté hácia donde caia el castillo del duque de C.*** situado á tres leguas de la poblacion. «Todo el mundo os guiará, me dijeron, porque es muy conocido en el pais. En ese castillo fue donde murió el célebre mariscal Fabert.» La conversacion recayó sobre el mariscal; se habló de sus batallas, de sus empleos, y de su modestia que le hizo rehusar los títulos de nobleza y cruces concedidas por Luis XIV; sobre todo se ponderó su fortuna que de simple soldado lo habia hecho elevar hasta mariscal de Francia, siendo un hombre de oscuro nacimiento, hijo de un impresor. Este era entonces el solo ejemplo que se podia citar de un hecho semejante, y el vulgo no habia podido menos que atribuir su elevacion á causas sobrenaturales. Decian que desde su niñez se habia dedicado á la májia, que tenia hecho un pacto con el diablo y otras sandeces semejantes. Nuestro fondista que á su rusticidad natural reunia toda la credulidad de un campesino, nos aseguró con la mayor formalidad, que en el castillo del duque de C.*** donde Fabert habia muerto, se vió un hombre negro que nadie conocia, penetrar en la habitacion del mariscal y desaparecer con su alma, que le habia comprado antes, y que todavia por el mes de mayo, época en que murió Fabert, se veía de noche aparecer al hombre negro con una luz en la mano. Esta relacion animó nuestro buen humor y aun bebimos una botella de Champaña á la salud del demonio protector de Fabert, rogándole se dignase auxiliarnos tambien y hacernos ganar tantas batallas como él habia ganado.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me dirijí al castillo del

duque, inmensa mole gótica que no pude ver sin recordar la conversacion del fondista de las Armas de Francia.

El criado á quien me dirijí, me respondió que ignoraba si su amo estaba visible y si podria recibirme. Le dije mi nombre y se salió dejándome solo en una especie de sala de armas, decorada con atributos de caza, y retratos de familia.

Esperé algun tiempo y nadie parecia. Esta carrera de glorias y de honores, dije entre mí, debe empezar sin duda por las antesalas. Ya habia contado por tres veces los retratos y me iba faltando la paciencia, cuando sentí un lijero ruido; era una puerta que acababa de abrir el aire; me acerqué y ví un magnífico gabinete que daba al parque; me determino á entrar y apenas habia andado algunos pasos, cuando distingo un hombre recostado en un canapé colocado junto á la puerta por donde acababa de entrar. El hombre se levanta y sin verme, corre bruscamente hácia la vidriera; las lágrimas corrian de sus ojos y en su rostro se veia pintada la mas cruel desesperacion; permaneció algunos instantes inmóvil con la cabeza oculta entre sus manos; despues principió á pasearse por el gabinete y entonces fue cuando al verme se estremeció. Aturdido de mi indiscreccion quise retirarme pronunciando algunas palabras de excusa: «¿Quién sois? ¿Qué quereis?, me dijo con una voz terrible deteniéndome por el brazo.—Soy el caballero Bernard que acabo de llegar de la Bretaña.—Ya sé, ya sé, me dijo, y se arrojó á mis brazos, me hizo sentar á su lado y me habló de mi padre y de toda mi familia, con tales particularidades, que no dudé que fuese el dueño de la casa.—¿Vos sois por lo que veo, le dije, Mr. C...? Entonces levantándose y mirándome con exaltacion. Eso era, respondió, pero ya no lo soy; ahora no soy nada, y viendo mi admira-

cion, exclamó: «Jóven, no me preguntéis ni una palabra mas.—Está bien, señor; yo he sido sin querer testigo de vuestro dolor y si mi afecto y mi amistad pueden servir de alguna cosa...—Sí, sí, teneis razon, y ya que no podais cambiar en nada mi suerte, recibireis mi última voluntad y mis últimos votos... este es el mayor servicio que podeis hacerme.»

En seguida cerró la puerta y se vino á sentar junto á mi que atónito y temblando esperaba sus palabras; habia en ellas no sé qué de solemne; su fisonomía sobre todo tenia una expresion que yo no habia visto á nadie. Su frente que examinaba con atencion parecia marcada por la fatalidad; su figura era pálida, sus ojos negros brillaban como dos luceros y de tiempo en tiempo sus facciones, aunque alteradas por el sufrimiento se contraian por una sonrisa irónica é infernal. «Lo que voy á referiros me dijo, va á confundir vuestra razon; dudareis, no dareis fé á mis palabras... yo mismo dudo algunas veces y quisiera dudar siempre, pero las pruebas son evidentes y ademas en todo lo que nos rodea, en nuestra organizacion misma, es preciso convenir en que hay misterios que tenemos que creer sin poder comprenderlos.» Aqui se detubo un instante como para coordinar sus ideas y en seguida pasando la mano por la frente continuó: «Yo he nacido en este castillo; tenia dos hermanos mayores que debian disfrutar los honores y los bienes de la casa, y por consiguiente no me quedaba otro camino que abrazar la carrera eclesiástica, ó tomar los cordones de cadete, y sin embargo pensamientos de ambicion y de gloria fermentaban en mi cabeza y hacian latir mi corazon. Considerándome desgraciado y con ansia de adquirir renombre, solo pensaba en los medios y esta idea me hacia olvidar las dulzuras y placeres de la vida. Lo presente no era nada para mí, solo pensaba en el

porvenir y este porvenir se presentaba a mi vista bajo el aspecto mas sombrío.

Va tenia 30 años y no habia tomado determinacion ninguna; entonces y de todos lados se elevaban en la capital reputaciones literarias, cuyos ecos llegaban hasta nuestras provincias: «Ah! decia para mi, si pudiera al menos conquistar un nombre en la carrera de las letras!... Era confidente de mis penas un antiguo criado, un negro viejo que estaba en el castillo desde antes de nacer yo, y creo que antes de nacer todo el mundo, porque nadie se acordaba de haberlo visto entrar en la casa y algunas gentes del pais pretenden que conoció al mariscal Fabert y que asistió á su muerte...»

En este momento mi interlocutor vió que hice un jesto de sorpresa; entonces se detubo y me preguntó que tenia: Nada, le dije, pero á mi pesar yo pensaba en el hombre negro de que nos habló la noche antes el fondista.

Mr. C... continuó:

«Un dia delante de Yago (este era el nombre del negro) me dejé llevar de mi desesperacion y maldiciendo mi obscuridad y la inutilidad de mis dias exclamé: daria diez años de mi vida, por verme colocado en el primer rango de los literatos.»—Diez años, me dijo el negro friamente, eso es mucho, es pagar demasiado caro una cosa bien simple; sin embargo acepto vuestros diez años y os colocaré en el puesto que deseais; recordad vuestra promesa que yo cumpliré la mia.» No es facil que pueda explicaros mi sorpresa al oírlo hablar asi: creí que los años habian debilitado su razon, me encoji de hombros sonriendo y á pocos dias dejé el castillo para hacer un viaje á París. Allí cultivé la amistad de los hombres de talento y animado por el ejemplo publiqué varias obras que hicieron furor. Todo París se apresuró á leerlas, los periódicos se deshacian en elojios, el nuevo nombre que adopté se hizo célebre y ayer, jóven todavia, lo admiraríais.

Aquí una nueva señal de sorpresa interrumpió este relato. «¿No sois el duque de C...? exclamé?—No, respondió con indiferencia y yo me dije á mi mismo: Un literato célebre... ¿Será Marmontel... Alembert... Voltaire...?»

El desconocido suspiró; una sonrisa de despecho asomó á sus labios y continuó de este modo:

«Esta reputacion literaria que tanto habia envidiado, fue muy pronto insuficiente para un alma de fuego como la mia; yo queria mas distinciones y le dije á Yago que me habia seguido á París y no se apartaba de mi un instante: «No hay verdadera gloria ni reputacion positiva, mas que la que se adquiere en la carrera de las armas. ¿Qué es un literato, un poeta? Nada. En cambio de eso un gran capitán, un jeneral del ejército lo es todo. Hé ahí el destino que envidio y por el que te doy, Yago, otros diez años de los que me quedan de vida.—Convenido, dijo el negro, pero no os olvidéis de que me pertenecen.»

En esta parte de su narracion el desconocido se detuvo aun y viendo lo trémulo que yo estaba:

«Bien os lo habia dicho, jóven, exclamó, no me creéis, cuanto estais oyendo os parece un sueño, una quimera...! Tambien á mi: y sin embargo los grados, los honores que he obtenido no son ilusion; esos soldados que he conducido á la pelea, esas fortalezas, esas banderas tomadas, esas victorias que han resonado por la Francia, todo eso fué obra mia, toda esa gloria me pertenece!»

Pronunciando estas palabras con un calor, con un entusiasmo inesplicable marchaba á grandes pasos por la habitacion; en cuanto á mi no sabia lo que me pasaba: la sorpresa me tenia embargados los sentidos y solo decia para mi: «¿Quién es este hombre? ¿Es Coigny?... ¿es Richelieu?... ¿es el mariscal de Saxe?»

Del estado de exaltacion mi incóg-

nito habia pasado al de abatimiento y aproximándose de nuevo, me dijo con aire sombrío :

«Yago habia dicho la verdad y cuando mas tarde, disgustado de la gloria militar, aspiré á lo que hay solamente de real y positivo en el mundo, cuando á precio de cinco ó seis años de existencia quise oro y riquezas, todavía me las concedió.... Si, amigo mio, yo he visto sonreír la fortuna, sobrepujar á veces mis deseos; he tenido tierras, castillos, bosques, cuanto he imaginado.... Esta mañana aun estaba todo en mi poder; si dudais de lo que os digo, sino creéis á Yago, él mismo vá á venir y podeis ver por vuestros ojos lo que confunde vuestra razon y que no obstante es la realidad.»

El desconocido se acercó entonces á la chimenea, vió el reloj, hizo un gesto de espanto y me dijo en voz baja :

«Esta mañana al rayar el día me sentí tan débil que apenas podia levantarme; llamé á mi ayuda de cámara y Yago fue quien se presentó: «¿Que es esto que siento? le dije.—Señor, nada que no sea natural; la hora se aproxima, el momento llega...—¿Qué momento? exclamé lleno de espanto.—¿No lo adivináis? El cielo os habia concedido sesenta años de vida; teniais treinta cuando principié á obedeceros....—Yago, ¿hablas con seriedad?—Si señor, en cinco años habeis gastado en gloria veinte y cinco de existencia: me los habeis dado y me pertenecen porque estos años los he añadido á los míos.—Es ese el precio de tus servicios!....—Otros los han pagado mas caros; testigo Fabert á quien tambien he protegido.—Calla, calla, eso no es posible, eso no puede ser verdad, le dije.—En hora buena, pero preparaos porque solo os resta media hora de vida.—Tu te burlas, Yago, tu me engañas.—De ningun modo: calculad vos mismo: treinta y cinco años que habeis vivido realmente y veinte y cinco que habeis perdido son

sesenta; esa es vuestra cuenta; cada uno la suya, ni mas ni menos.» Iba á marcharse y yo sentia mis fuerzas disminuir: «¡Yago, Yago! exclamé, concédeme algunas horas, algunas horas aun.—No, no, respondió, eso sería quitármelas á mi y yo conozco mejor que vos lo que vale la vida: no hay tesoro alguno con que poder pagar dos horas de existencia.» Yo podia apenas hablar, mis ojos se oscurecian y un frío mortal helaba mis miembros: «Y bien, le dije haciendo un esfuerzo, toma esos bienes por los que todo lo he sacrificado; cuatro horas de vida aun y renuncio al oro, á las riquezas, á esa opulencia que tanto he deseado.—Acepto, habeis sido buen amo y quiero hacer alguna cosa por vos.»

Sentí reanimarse mis fuerzas y exclamé: ¡Cuatro horas es tan poco!... ¡Yago! Yago! otras cuatro mas y renuncio á mi gloria literaria y á todas las obras que me han valido esa reputacion en el mundo!—Cuatro horas por eso! es demasiado; sin embargo yo no sé negaros nada.—Pues bien, entonces oye mi última súplica.... Yago! concédeme hasta la noche, las doce horas del día y consiento en que mis empleos, mis victorias, mi gloria militar, todo se borre para siempre de la memoria de los hombres.... Este día, Yago, este día entero, y moriré contento.—Tú abusas de mi bondad; pero no importa; te concedo hasta ponerse el sol, despues no me pidas mas. Adios; á la noche vendré á buscarte. Y partió, continuó el incógnito con desesperacion, y este día, hoy que os estoy hablando, es el último de mi vida! Despues aproximándose á la puerta vidriera que daba al parque y que estaba abierta exclamó: «Ya no veré mas este hermoso cielo, estos árboles, estas flores deliciosas! ya no respiraré el aire fragante de la primavera!... ¡Insensato!... Estos bienes que da Dios á todos, estos bienes á que he sido hasta ahora insensible podria

gozarlos aun veinte y cinco años! Y los he sacrificado por una gloria estéril que no me ha hecho feliz y que ha muerto conmigo.... Mirad, mirad, me dijo, señalando á los trabajadores que atravesaban cantando el parque, ¡cuánto daría yo por participar de sus trabajos y sus miserias! Pero no tengo nada, nada, que dar ni nada que esperar en la tierra, ni aun la desdicha!...

En este momento un rayo de sol vino á iluminar su fisonomía pálida y desecada, y agarrándome de un brazo me dijo: Mirad, mirad qué bello es el sol!... Y voy á perderlo! Ah! al menos quiero saborearlo, quiero gozar de este día tan hermoso, el mas hermoso para mí porque es el último!...

Diciendo esto, desapareció como un rayo por una calle de árboles, antes de que hubiese tenido tiempo para detenerlo: es verdad que tambien á mí me faltaban las fuerzas.

Aturdido de cuanto acababa de ver y de escuchar, permanecí algunos instantes en el canapé sin saber lo que me pasaba. Cuando me recobré un poco, me levanté y di algunos pasos para convencerme de que no estaba dormido: en el mismo instante la puerta del gabinete se abrió y un criado me dijo: «Aquí teneis á S. E. el duque de C.*** mi amo.» Un hombre de unos sesenta años y de una fisonomía noble y distinguida, se adelantó y me alargó la mano pidiendo perdón por haberme hecho esperar tanto tiempo: «No estaba en el castillo, me dijo, habia ido al pueblo á consultar al médico sobre el estado de salud del conde de C.*** mi hermano menor.—¿Amenaza algun peligro á sus dias? le dije.—No, amigo, replicó, gracias al cielo, pero en su juventud las ideas de ambicion y de gloria exaltaron su imaginacion, y una enfermedad grave que ha tenido últimamente de la que ha escapado por mí-

lagro, le ha dejado el cerebro tan débil que á veces cae en una especie de delirio ó enajenacion mental que nos pone en cuidado. Su manía consiste en creer cada dia que aquel es el último de su vida.»

Todo lo comprendí entonces.

«Pero volvamos á vos, dijo el duque, y veamos que puedo hacer por vuestros adelantos. A fin de mes partiremos para Versalles y os presentaré en la corte.—Conozco vuestras bondades, señor duque, pero no puedo mas que agradecerlas.—¡Cómo! ¿renunciáis á las ventajas que podeis obtener...?—Si señor.—Pero pensad que con mi proteccion podeis hacer una brillante carrera y si teneis un poco de asiduidad y de paciencia, al cabo de diez ó doce años....

—Diez años perdidos! exclamé.—Qué! replicó admirado, ¿os parece que es pagar muy cara la gloria, la fortuna y los honores?... Vamos; desechad esas ideas; los dos iremos juntos á Versalles.—No, señor duque, me vuelvo á Bretaña; recibid mi gratitud y la de toda mi familia.—Eso es una locura,» exclamó el duque, y yo pensando en lo que acababa de oír decia: eso es tener razon.

A la mañana siguiente ya estaba en camino. ¡Con qué placer ví mi castillo de Roca-Bernad, los antiguos árboles de mi parque y el bello sol de Bretaña!.. Hallé de nuevo mis vasallos, mis hermanas, mi madre y una felicidad que despues he gozado siempre, porque á los ocho dias ya era esposo de Enriqueta.

DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN (1).

COMEDIA NUEVA DE D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Triste es para *El Iris* abrir sus columnas de crítica dramática con una amarga censura: penosa es la taréa de señalar lunares en las obras del ingenio; pero mucho mas duro es este análisis cuando recae en una reputacion antigua y merecida, sobre un autor que ha recogido en su larga carrera mas de una corona entre los aplausos del público satisfecho. El Sr. Breton de los Herreros es el primer poeta cómico de la moderna escena española: con una fecundidad admirable ha presentado en pocos años multitud de comedias, pobres generalmente de argumento, pero ricas en cambio de bellísimos diálogos, de fácil versificación, de graciosos y sencillos chistes. Siempre ha tenido un defecto sin embargo: sus personajes hablan en cierto estilo natural en demasia: casi todos tienen mala escuela de sociedad: pocos tienen dignidad y decoro: ninguno elevacion de caracter. ¿En qué consiste que tan frecuente y generalmente se encuentra y se critica esta mancha en las obras del Sr. Breton de los Herreros? No le faltan conocimientos ni recursos suficientes: si quisiese pintar el mundo culto, que no es el mundo elegante, pronto encontraría en su abundante paleta colores con que reproducir su imagen: pero el poeta se resiste: su pluma corre mas libremente cuando su imaginacion se halla en otro campo.

Su última comedia prueba que el Sr. Breton de los Herreros no quiere ya hacer concesion alguna á exigencias ajenas; pues ha recargado las tintas de

las groseras ridiculeces, de las pasiones mezquinas con que le place engalanar sus creaciones. El argumento es sencillísimo como todos los que acostumbra presentar: un jóven y rico lechuguino, acostumbrado á la vida elegante de Madrid, se enamora perdidamente de una linda villana de Mostoles: le ha ofrecido su mano y va á casarse, sin que las burlas y sermones de un amigo suyo que viene á Leganés en compañía de su hermana, ni las simplezas de su novia puedan hacerle variar de resolucion: llega en este tiempo alojado á su casa un soldado que ha sido en tiempos pasados amante de la niña y que anuda con ella sus rotas relaciones: convéncese el jóven entusiasta de la infidelidad de su querida, quien para justificar el refran de Dios los cria y ellos se juntan, prefiere al elegante y rico mancebo su antigua y humilde pasion: deséa el novio deshacer el matrimonio; pero median esponsales y su firma: los padres de Manuela están resueltos á no perder tan buena colocacion para su hija; y la inocente aldeana por su parte, no cede de sus pretensiones, despues de haber hecho un contrato secreto con el soldado, por el cual se obliga este á dejarla casar con el opulento amante, y ella en cambio le promete, en cuanto se verifique la boda renovar sus antiguos vínculos: desesperado D. Luis no sabe como salir de aquel atolladero, hasta que al fin por intercesion de su amigo compra solemnemente la libertad del rival y de la novia por la cantidad de diez mil reales y dos pesetas diarias.

Este es en esqueleto el argumento de la comedia, donde hay escenas exageradamente ridiculas. El refresco del segundo acto es una parodia: la conferencia de D. Luis con Emilia, cuando aquel, para salir del compromiso en que se hallaba, quiere suponer una obligacion de matrimonio anterior, es un diálogo grotesco en que no hay verdad alguna: nada decimos del pensamiento que asal-

(1) Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el jueves 11 de febrero.

ta á D. Luis de ofrecer su mano á la criada de la casa; despues de escuchar la repulsa de Emilia; ni de la conversacion entre los dos amigos en que explica el abogado los impedimentos del matrimonio: aqui háy mal gusto de lujo; porque estas escenas de nada sirven.

Los caracteres son pobres y falsos: Manuela es una muchacha bestia, záfia y grosera á un punto tal que casi toca ya en imposible: su padre es un viejo hablador, necio y bonachon, dominado por su mujer, como casi todos los maridos que ha presentado el Sr. Breton al teatro: la tia Macaria es su misma hija crecida en edad. Balbino parece un jaque andaluz mas bien que un soldado castellano.—En cuanto á D. Luis, es el personaje mas falso de la comedia: se enamora de una muchacha como Manuela, se desengaña y aun conserva ilusion por aquel ente irracional: el que es capaz de concebir amor por una mujer tal como la ha pintado el poeta, supuesto este caso á nuestro entender imposible, es ciertamente incapaz de desengañarse nunca. Emilia y su hermano son agentes casi insignificantes del drama.

El lenguaje de la comedia es generalmente chavacano: ha agrupado el autor una familia que se espresa siempre lo peor que imaginarse puede: este estilo no se encuentra fácilmente ni aun en los mas mezquinos lugares: por lo demas, aun cuando fuese verdadero, no es del mejor gusto hacer declamar ante un público ilustrado esta fraseología en que á cada paso se hallan espresiones que repugnan: *no se me encoje el ombtigo* y varias otras palabras y equívocos que pudiéramos señalar no sonarán nunca bien en el primer teatro de la capital de la monarquía.

Si examinamos el artificio de la fábula, no hallaremos interés dramático: desde el primer acto, cuando se ve la situacion penosa, aburrida y ridícula de D. Luis ante Emilia y su hermano,

que se burlan con razon de las exageradas sandeces de la novia, comprende fácilmente el espectador que el matrimonio del lechuguino madrileño con la villana de Móstoles es imposible: ya no hay atencion porque no hay incertidumbre: el desenlace está claro.

Si en la comedia del Sr. Breton de los Herreros hay algun fin moral, confesamos francamente que no lo hemos comprendido: el único personaje que muestra algun tanto de pasiones jenerosas es escarnecido y burlado: la infame y baja conducta de Manuela alcanza un premio; ella y el soldado coligados contra D. Luis para hacerlo casar y engañarlo despues, reciben de su mano un capital y una renta en pago de sus buenas intenciones. La escena en que D. Antonio ajusta y regatea de Balbino y de su querida la libertad de D. Luis es escesivamente cinica y produce en el ánimo un disgusto que se agrava con el desenlace.

Al acabar nuestra desagradable tarea nos libertamos de una obligacion penosa: el Sr. Breton de los Herreros tiene demasiados titulos al aprecio de todos los amantes de la literatura para que pueda nadie dejar de sufrir al censurarlo; pero se ha empeñado cada vez mas en una carrera fatal: como si no tuviésemos siempre ante los ojos bastantes espectáculos de bajeza, se ha empeñado en calumniar en el teatro la misma miseria y grosería de algunas clases: la comedia que acabamos de analizar ha producido muy mal efecto en el público, acostumbrado á aplaudir siempre que el nombre del Sr. Breton de los Herreros acompañaba á una obra. Afortunadamente para el autor su reputacion se apoya en sólidos fundamentos: con los recursos y el injenio que tiene á su disposicion, no dudamos que la primer comedia que para reanimar al público presente nos dará amplios motivos de colmados y sinceros aplausos: lo deseamos con ardor, pues no

somos de los que se complacen en arrancar las flores de una corona antigua y bien ganada.

LÚCULO.

La hoja marchita.

CANCION.

Volad, pensamientos tristes,
y no pareís en el suelo,
que si es vuestra cuna el cielo
justo es que al cielo subais.

El alma también procura,
al encumbrarse en vuestra ala,
ver si su aliento se exhala
y á su patria la tornais.

Para mis altos intentos
es pobre cárcel la tierra,
y mezquino cuerpo encierra
un alma tan celestial.

Aire y cielo me sofocan
en ese espacio vacío,
que al gigante desvarío
no basta un mundo mortal.

Hasta el trance en que adormido
en brazos de los querubas
sobre el trono de las nubes
beba el aliento de un Dios.

Dejadme, señor, lamente
los lazos que me encadenan
y que á vivir me condenan
tan apartado de vos.

¡Maldito el hombre que siembra
semilla de tiernos años,
para cojer desengaños
que el fruto dan del dolor!

¡Maldito el hombre que vive
por ver si el placer alcanza
y halla hermosa la esperanza,
pero la halla siempre en flor!

¿Qué importa que las tinieblas
de mi dolor, luz radiante
haga oscilar un instante

á mis ojos el placer;

Si esa centella engañosa
no guía al fanal del puerto
sino un abismo encubierto
en brazos de una mujer?

¿Qué importan los dulces ayes
con que la atmósfera puebla,
entre el vapor de la niebla,
voz que suspira de amor;

Si son de sirena astuta
los voluptuosos cantares,
que arrollan luego en las mares
al pobre navegador?

¿Qué importa soñar la vida
entre los languidós brazos
de una muger, cuyos lazos
te jura eternos serán;

Si al par que tu seno abraza
dobla tu sien que desmaya,
cual la serpiente que ensaya
las presas á devorar?

Dejadme, por Dios, dejadme,
desengañadas pasiones,
si estas no son ilusiones,
es la verdad bien cruel.

Dejad, esperad, al menos,
que en el fondo de esa copa,
ha de hallar por fin la boca
licor que no amargue á hiel.

¿Como vivir, si á los hombres
los juzgo falsos, villanos,
si al ir á estrechar sus manos
siento el hierro de un puñal?

¿Si en sus ojos bebo el odio
que á sus iguales alcanza,
y en sus voces de esperanza
solo esperanza de mal?

¿Cómo vivir quien dudoso
de la mujer desconfía
y halla en sus labios falsía
y en su pecho ingratitud;

Quien juzga mengua su llanto,
y sus caricias mentira,
y hasta en sus gracias le admira
que haya imagen de virtud?

Y no es porque el alma ansiosa
no sienta tan triste sueño,
y no forme firme empeño
sus prendas en admirar;

Que hubo un tiempo por su dicha

que las juzgó verdaderas,
puras, ardientes, sinceras;
mas ya le hicieron dudar.

Es imposible, imposible,
quiero engaños ó ilusiones
aun cuando amargas lecciones
la clara verdad me dé.

Pero al menos tengo dudas,
sueñe esperanzas y amores
y entre espinas hallé flores,
y entre dudas tengo fé.

Y si al corazon no es dado
ni aun de engañarse el consuelo,
al menos acorte el cielo
tan funesta espiciacion.

Que sin gloria é ilusion
aun el paraiso eterno,
no es preferible á un infierno
en que hubiese la ilusion.

En tanto corren la horas
y los dias van pasando,
y los años van volando

y arrastran la muerte en pos
Aun cuando nada me encante,
aun soy feliz, sino pierdo
el lisonjero recuerdo
que guarda el alma de vos.

Esta hoja pobre y marchita,
por vuestra mano cortada,
con mis suspiros quemada
sin aroma y sin verdor,

Es talisman peregrino
que consuela mis dolores,
ni para mí entre las flores
hay otra tan bella flor.

Ella escucha mis plegarias,
aunque en silencio elocuente,
en ella apoyo mi frente
que se estremece al tocar.

Bajo el corazon la pongo
como santo relicario,
y en sus pliegues un sudario
quisiera el alma encontrar.

Entre los yertos dobleces
de su marchitado manto,
halla cabida este llanto
que nadie quiso acojer.

En ella oculto mi rostro
cuando en mi fiebre deliro,
y ella acoje mi suspiro

estremecida en placer.

Ella es mi amiga y mi amante
porque pienso que la adoro;
es el único tesoro
que acaricio con ardor.

Y aunque naufrago en la vida,
feliz el alma se cuenta,
porque salvó en la tormenta
de una hoja seca el amor.

¡O tú, quien quiera que seas,
si á cerrar llegas mis ojos,
cuando mis yertos despojos
pida el suelo para sí;

Yo te suplico que dejes
junto al corazon clavada,
esta hoja seca y ajada
que así se lo prometí.

Y si aun quebrantan mi tumba
por codiciar la mortaja,
por ser tan pobre esta alhaja
me dejen por compasion;

Que por ser sin duda tantas
las lágrimas ¡ay! que encierra,
harán brotar á la tierra
la flor de mi corazon.

Y si hay entonces quien lllore
por el cantor desdichado,
y en algun pecho olvidado
aun vive un recuerdo de él;

Venga á mi túmulo triste
el que así me compadezca,
y bese la flor que crezca
de mis lágrimas de hiel.

Mas si nadie da un suspiro
á mi tumba solitaria,
ni hay quien rece una plegaria
por un mártir del amor;

Entonces tumba y cenizas
queme un volcan con su lava,
y aun tale el sitio en que estaba
un torrente asolador.

G. ROMERO Y LARRAÑAGA.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.